

VIDA DE TERCEROS

Analía Arimón bajo el seudónimo *Noboru W.*
1º Premio

Imagine que se despierta en la mañana y descubre que las que están en el piso nos son sus pantuflas.

Éstas de repente le han quedado demasiado apretadas... o quizás demasiado flojas... o incómodas de alguna forma... No sabe bien que es, pero sí sabe claramente que no son suyas.

Duda por un instante si ponérselas. Parece un compromiso tanto más grande ponerse los zapatos de otro. Vivir su vida por un rato. Pues estas tienen la potestad de guiar sus pasos en patrones que parecen al azar pero se vuelven espirales cuando se los mira con atención.

Se acerca al escritorio y toma su agenda. Quiere ver si tiene alguna actividad el día de hoy, y recuerda vagamente que ayer anotó algo sobre una cita con un cliente. Pero qué raro: no hay nada allí. Revisa en otras hojas no vaya a ser que por un despiste lo escribió el 17 de otro mes. No hay rastro ¿Habrá sido un sueño?

Sabe que son detalles de poca importancia así que no se lo pregunta más y va a la cocina a prepararse el café con leche de las mañanas. Al instante de entrar nota algo raro en la habitación y luego de un breve lapso de confusión se sorprende al encontrarse a la heladera pegada a la cocina, pues usted sabe que solía estar junto al mueble de los platos, donde ahora se encuentra el juego de té que fascinaba a su madre, pero que siempre le ha parecido ostentoso.

Se prepara el café y mientras lo toma nota cómo su casa le parece ligeramente extraña. De pronto el roce del borde de la pantufla con la pierna le provoca picor, y se siente incómoda. Piensa en quitárselas, pero el piso es de baldosas, y sabe que estarán demasiado frías, así que lo descarta.

Se viste para ir a la oficina y luego de una exhortativa búsqueda descubre que no tiene otro calzado. Sabe perfectamente que no puede permitirse el lujo de faltar estos días pues están ajustando los detalles finales del proyecto del cual se encarga. De todas formas debe salir para comprar zapatos nuevos, así que aunque la suela no sea la apropiada, se encamina tal y como está.

El día está como le gusta: soleado pero con una ligera brisa. Para relajarse decide tomar un camino atípico, doblando por calles al azar siempre que éstas se encuentren en la dirección correcta.

Viaja observando las casas y a las personas. Intenta imaginar cómo son sus vidas y vincularse de alguna forma con el desconocido de la otra acera. Se ríe al pensar que tal vez esté luciendo las pantuflas extraviadas de algunos de aquellos extraños que también ha sufrido el infortunio de despertar y encajar el pie en el lugar equivocado.

Le gusta merodear y el tiempo vuela. Pasan 30 minutos y solo entonces se da cuenta de que está perdida y en tan solo 5 minutos es su hora de entrada. En el apuro busca a quien pedir indicaciones, pero en el último tramo solo ha visto a un vago que dormita en la puerta de un local de lencería. Se decide a preguntarle y cuando se acerca el olor a alcohol y falta de higiene le golpean. El vagabundo percibe su interés y comienza el diálogo antes de que pueda decir nada.

—Solía tener un amigo al que le gustaba quemar casas. Casas de todo tipo. No le importaba demasiado si eran chicas, si estaban en el centro o si tenían un gran jardín. Eso sí: edificios nunca. Decía que era muy difícil que todos los inquilinos estuvieran fuera al mismo tiempo, pues por supuesto no pretendía herir a nadie.

»Era un gran tipo. Hasta que su afán por el fuego le costó su propiedad y perdió hasta las medias. Algunos dicen que se volvió loco, pero yo no les creo y usted tampoco debería.

Se sorprende, aunque no sabe bien si por el comentario del indigente o por el hecho de que se encuentra a los pies del edificio al cual entra de lunes a sábados a las 9:30 hace 5 años y el cual no reconoció.

Al principio es cautelosa, casi como si esperara encontrarse con que su oficina tiene un gemelo, y es en este en el que se encuentra. Pero lo piensa mejor: es una idea tonta, reconoce su trabajo. No tarda mucho tiempo en recordar su rutina y olvidar la mala mañana... a excepción de las pantuflas, por supuesto.

De camino a casa sintió un frío tremendo. No podía esperar para llegar y encender por fin la estufa para calentarse los dedos que se le helaban y por ello apenas podía mover.

Pensó en esperar al ómnibus pero tardaba mucho y ansiosa decidió ir caminando para calentarse un poco.

Apuró el paso.

Siete cuadras antes de llegar supo que algo andaba mal.

A las cinco cuadras vio el humo.

Y al doblar la esquina vio a los bomberos.

Y ahí se quedó parada ella, con una tibia mano derecha y unas pantuflas extraordinariamente cómodas.

NOTA:

El cambio de usted a ella, así como de los tiempos verbales son intencionales. Estos son intentos de que el lector experimente como el personaje se sale de sí para pasar a ser alguien más.